

TESTIMONIO

Fidelio Ponce en San Juan de los Yeras

José Seoane Gallo



**FIDELIO PONCE EN
SAN JUAN DE LOS YERAS**

Fidelio Ponce en San Juan de los Yeras

(Una pintura mural publicitaria
de Fidelio Ponce en
San Juan de los Yeras)

José Seoane Gallo



*EDICIONES CAPIRO
SANTA CLARA, CUBA*

EDICION/ Ricardo Riverón Rojas
CUBIERTA/ Eduardo Corzo Gómez
EMPLANE/ Jesús Pérez

- (c) José Seoane Gallo, 1996
- (c) **Sobre la presente edición,**
Ediciones Capiro, 1996

ISBN 959-7035-17-0

EDICIONES CAPIRO
Carretera de Sagua No. 181
esq. a Las Mercedes
Santa Clara 50300
Villa Clara. CUBA.

INTRODUCCION

En 1956 ó 1957 comencé a acopiar materiales destinados a la confección de la tesis que sobre plantas officinales había decidido presentar para graduarme de ingeniero agrónomo en la Universidad Central de Las Villas. Un ciudadano norteamericano que trabajaba en el Colegio Las Antillas, situado frente a la Universidad, estaba realizando un estudio sobre los principios activos de la yamagua y fue autorizado a utilizar los laboratorios de la estación experimental agronómica —yo era su jefe de estadísticas— de la universidad. Numerosas conversaciones sostuve con aquel apasionado defensor de las propiedades curativas de algunas especies vegetales cubanas. De nuestros cambios de impresiones provino la idea para mi futura tesis. Consulté la decisión con mis mejores profesores y recibí de ellos la necesaria base metodológica para iniciar la tarea que me había propuesto. Encontrábame entonces en el tercero o cuarto año de la carrera y las clases estaban suspendidas a causa de la lucha contra la tiranía de Batista. Disponía, pues, de tiempo libre suficiente para realizar el indispensable trabajo de campo, que me suministraría información sobre las plantas consideradas medicinales por la población y los distintos usos que de ellas se hacía. Después de haber investigado con tal

finalidad varias zonas de la antigua provincia Las Villas —mi tesis debía limitarse a esta región—, visité por primera vez el pequeño pueblo llamado San Juan de los Yeras. Allí pude ver, en el interior del restaurante Café Parisiën, un llamativo rótulo mural de gran tamaño cuya firma, F. Ponce León —faltaba (falta todavía)¹ la preposición de—, no me era, desde luego, desconocida. Debido al gusto predominante por aquellos años en nuestros medios artísticos, a que entonces había en cualquier lugar del país abundante y a veces buena pintura publicitaria —casi toda de carácter primitivo en los pueblos pequeños— y a mi juventud e ignorancia, el letrero, a pesar de algunas de sus buenas características, no me pareció merecedor de consideración: le encontré demasiadas incorrecciones en el diseño de las letras y juzgué excesiva la ornamentación de la obra. Al verme observar con cuidado el rótulo por tanto tiempo, varios residentes del lugar se me acercaron. Por su espontánea conversación pude darme cuenta fácilmente de que cada uno de aquellos ciudadanos, con independencia de su edad, hablaban de Ponce con la familiaridad de quien lo había conocido personalmente. Según ellos, el firmante de la obra, “pintada a principios de siglo, es el mejor pintor del mundo”, el “famoso Fidelio Ponce de León”, el “tuberculoso”, “borracho perpetuo”, “vagabundo”, “conquistador profesional de mujeres” que “vivía en La Habana o en cualquier parte del mundo” — la

1. En la actualidad (1996) el mural se conserva aún en bastante buen estado, aunque el edificio del Café Parisiën sí acusa signos de deterioro y semiderrumbe. Debe tenerse en cuenta que el presente trabajo llegó a la Editorial en 1994, ocho años después de haberse escrito (N del E).

noticia de la muerte de Ponce, ocurrida en 1949, no había llegado todavía a San Juan...—. Los sanjuaneros con quienes hablé en aquella ocasión se sentían orgullosos de que su pueblo conservara "el único mural de Ponce que existe". El simple hecho de que el mismo había "permanecido intacto después de tantos años" demostraba, me decían, "la alta estima en que lo tenemos".

Transcurrieron varios años. En una conversación sostenida con amigos en el parque Leoncio Vidal, de Santa Clara, a mediados de la década del 70, alguien mencionó a San Juan de los Yeras. Pregunté por el rótulo mural de Ponce. Ninguno de los presentes lo conocía... Nadie había oído hablar de él... En el verano de 1981 una amiga, Marina Luján, trabajadora entonces del taller de montaje de exposiciones de la unidad presupuestada villaclareña del Ministerio de Cultura, me informó haber visto la obra recientemente...

Trasladado pocos días más tarde a San Juan de los Yeras, me hallé de nuevo ante el rótulo, unos veinticinco años después de haberlo visto por primera vez... Almorcé en el propio Café Parisián y pude examinar el mural de Ponce con detenimiento... Su vivo colorido me indicó que había sido repintado en fecha reciente, al parecer con bastante fidelidad... A pesar de esto, mi opinión en esta ocasión no fue la misma de años atrás... Después de un estudio de la obra— hecho de acuerdo con las condiciones de que dispuse en aquel momento, pues está situada a casi cuatro metros de altura y mide poco menos de cinco metros de ancho—, llegué a las siguientes conclusiones, que mantuve en sucesivas visitas al pueblo:

- a). hasta donde sé, se trata de una de las

tres únicas pinturas publicitarias —murales todas— correspondientes al período republicano localizadas actualmente en el país, lo cual les otorga indiscutible valor documental. Las otras dos se encuentran, la más antigua, fechable c.1915, en Trinidad —en una vivienda que antes fuera carnicería; consta de un rótulo y cuatro pinturas, dos de ellas de gran tamaño—, y la más reciente, de los años 40, cuyo estado de conservación es pésimo y empeora diariamente, en Santa Clara —un rótulo, cinco paisajes (las fechas son visibles en dos de ellos: 1940 y 1946) y dos naturalezas muertas, ejecutadas por el pintor chino Loo-Vin (“completamente aplatanado”, “vanidoso”, “caprichoso”, “borrachín”, según algunas personas que lo conocieron). Ambas obras son creaciones de pintores primitivos²

b), a pesar de la ingenuidad del diseño de algunos fragmentos del arabesco —así lo llaman los sanjuaneros— ornamental que hay entre algunas letras y del que forma totalmente el irregular borde inferior, y de ciertas incorrecciones —la excesiva distancia entre la c y la a de la palabra Café en comparación con la que separa las otras letras; la e de dicha palabra está como encajada en el espacio correspondiente a la f, las dos a no son iguales, las dos e tampoco...—, el rótulo posee indudable interés desde el punto de vista decorativo. Estas incorrecciones son debidas, me parece, a la falta de interés del artista en una obra de tan poca envergadura, en su insuficiente preparación para este tipo de trabajo y al

2. Según indagaciones del arquitecto y crítico Roberto Avalos Machado, con posterioridad a la conclusión de este trabajo se han localizado en el país otras pinturas murales publicitarias del período republicano (N del E).

estado de embriaguez en que, según los testigos, fue ejecutado en el letrero...;

c). aunque se trata de una simple casualidad —es imposible pensar en otra cosa—, vale la pena señalar que el dibujo de los arabescos, hecho fundamentalmente a base de elementos vegetales de origen clásico —ramas y hojas de acanto muy libremente interpretadas—, algunos de cuyos extremos se convierten inesperadamente en cabezas de animales, tiene ciertos puntos de contacto —débiles si se quiere, pero innegables—, tanto en la intención como en el resultado— la ingenuidad y las incorrecciones que mencioné—, con los dibujos y pinturas primitivos que comenzaron a producirse en esta misma región central del país más de treinta años después de que Ponce pintara su rótulo, obras primitivas que hoy son llamadas **bichos, bejuqueras, marañas de bichos, “enredillos”** (enredijos) **de animales, y plantas, revoltillos de animales inventados...** por los villaclareños;

d). el curioso conjunto de elementos insertados en el arabesco a la derecha del borde inferior, que incluye una humeante tetera o cafetera —lámpara de Aladino según los sanjuaneros—, un zapote, un mamey, una piña y una paleta atravesada por pinceles, integran un bodegón de franco sabor popular debido al elemental tratamiento **de las figuras y a su colocación** —no se sabe por qué misteriosa razón el mamey y la piña, inclinados hacia la derecha, se mantienen sin apoyo alguno en esa inestable posición—. La paleta y los pinceles, por otra parte, han sido, durante decenios, componentes de una especie de símbolo que acompaña la firma de los autores, populares muchos de ellos, de obras pintadas para anunciar y decorar establecimientos comerciales. Dicho

símbolo está situado, en el rótulo de San Juan, junto y a la izquierda de la firma de Ponce, y tiene un tamaño inusitado para su fin... Si los elementos nombrados se miran de derecha a izquierda, se obtiene la siguiente lectura: F. Ponce León, pintor publicitario, piña, mamey, zapote, cafetera, humo..., expresión cuyo significado no es necesario explicar al lector;

e). el rótulo, con todas sus imperfecciones, es obra de uno de los mejores pintores cubanos de su generación. Aunque es fruto de juventud, de limitado interés artístico y realizado por encargo sin pretensiones de ninguna clase, muestra en germen algunas características que habrán de definirse en el artista maduro que Ponce llegó a ser desde mediados de los años 30. Se pueden mencionar, en ese sentido, los elementos vegetales situados en el borde inferior del rótulo y el color ocre predominante en el arabesco;

f). este rótulo es una pintura mural que se encuentra en un pueblo de la provincia —Villa Clara— que, después de la Ciudad de La Habana, posee más murales realizados por grandes pintores cubanos antes de 1959: dos de Amelia Peláez, uno de Portocarrero, uno de Abela, uno de Arche —todos ellos en Santa Clara, la capital— y el de Ponce, que ahora me ocupa, en San Juan de los Yeras.

Todo lo que he descrito hasta aquí, y otras razones que fueron surgiendo a medida que aumentaba mi trato con los hospitalarios residentes del lugar, motivaron que desde mi tercera visita a San Juan de los Yeras, es decir, desde fines de 1981, hasta octubre de 1986, me dedicara a entrevistar a todos los sanjuaneros que residían todavía allí y que conocieron a Fidelio Ponce en la época en que el artista pintó el rótulo del Café

Parisién. El lector encontrará los más completos de sus testimonios en la segunda sección de este trabajo. La mayoría de los informantes fueron entrevistados a fines de 1981 y a lo largo de 1982 y 1983, el resto antes de mediados de octubre de 1986. Actualicé en este último año, cuando concluí la investigación, las edades de los no fallecidos.

Quiero expresar aquí mi sincero agradecimiento a todos los sanjuaneros, testimoniantes o no, que han hecho posible este trabajo, que fue leído a fines de 1986 en la casa del historiador de la localidad de San Juan de los Yeras. Especial mención debo hacer de dos entusiastas e incansables amigos, el pintor Alberto Doreste y su esposa Hortensia Pérez, quienes me condujeron, durante cinco años, ante decenas de posibles portadores de noticias, entre los cuales se encuentran los informantes —ante lógicas dudas y contradicciones, algunos fueron entrevistados varias veces— que relatarán al lector, a continuación, un episodio ignorado, ocurrido a mediados de los años 20 en un pueblo de provincia, de la vida del gran pintor cubano. Durante mi última jornada de trabajo en San Juan, Fileno Ruiz tomó, con su cámara de aficionado, la fotografía —primera del rótulo de Ponce, según los sanjuaneros— que aparece en la portada de este libro.

TESTIMONIOS

1. Fui compañero de viaje de Fidelio Ponce de León la primera vez que él visitó San Juan de los Yeras. Cuando yo era todavía casi un niño, trabajaba buscándole pasajeros a un individuo a quien llamaban **Piqui-piqui** que tenía un automóvil de alquiler. Una mañana, en el poblado vecino de Ranchuelo, me encontré un hombre medio borracho, mal vestido y sucio que deseaba, dijo, venir a San Juan para tratar un asunto con su amigo Sánchez Dopazo, entonces juez de nuestro pueblo. El desconocido montó en el auto y lo trajimos a San Juan. Debido a su estado, lo sentamos en una silla del único café que había en el pueblo. Después fuimos a buscar al juez. Cuando Sánchez Dopazo vio a la persona que lo solicitaba se mostró sorprendido y contento. Los dos hombres se saludaron como amigos. El juez dijo:

—Eh, ¿tú por aquí?

El otro respondió:

—Sí, estoy tratando de hablar contigo sobre cierto asunto.

Entonces el juez ordenó al camarero:

—Ponle un trago.

Y Ponce dijo:

—Un trago no, una botellita . . .

Sánchez Dopazo estuvo de acuerdo:

—Está bien. Ponle una botella . . .

Y le dijo a Alberto Pérez, dueño del café —también era hotel—, que le diera a su amigo alojamiento y comida. Terminada la conversación, el juez habló con Alberto y le explicó que Ponce era pintor y podía hacer el rótulo del café, que todavía no tenía nombre. El juez sugirió uno, Café Parisiën, y Alberto aceptó.

Al día siguiente, temprano, Ponce construyó una especie de andamio sencillo, subió a él con un lápiz y una vara e hizo en la pared unos cuantos trazos invisibles. Después bajó y se puso a conversar y a beber. Luego volvió a subir e hizo unos trazos más. Así se mantuvo Ponce durante varios días, sin usar pintura. Como el letrado se ubicó, por idea del dueño, en lugar alto y desde abajo apenas se podía ver algo de lo que Ponce hacía, la gente del pueblo que se reunía para verlo y conversar con el pintor estaba muy intrigada... Varios días después, Ponce comenzó a usar pintura y el rótulo fue tomando lentamente, con el paso de los días, la forma que tiene hoy.

No recuerdo el tiempo que Ponce permaneció en San Juan, pero me parece que solamente para pintar todos los letreros de que habla la gente, teniendo en cuenta el estado de embriaguez en que los pintó, y para enamorar a tantas mujeres como se dice, debe haber empleado más de seis meses...

Sigifredo Arboláez. 74 años.

2. Fidelio Ponce de León pintó por dentro y por fuera las paredes de la farmacia que tenía mi padre de crianza en la calle José Martí entre Luz Caballero y Máximo Gómez —me refiero a pintura de paredes, la que llaman de brocha gor-

da—. Después de terminar este trabajo pintó en la pared exterior, la del portal, el nombre del establecimiento: **Farmacia del Doctor Gerardo Pérez**. En el interior del local pintó, en la parte inferior de las paredes, algunas cenefas dentro de las cuales trazó formas que imitaban grandes piedras. En estas cenefas empleó los colores azul, negro y gris. Todo esto que pintó Ponce ha desaparecido porque la farmacia ha sido pintada innumerables veces desde entonces.

Marta López. 74 años.

3. Cuando el pintor Ponce llegó a San Juan de los Yeras se alojó en uno de los cuarticos que había en una de las dos boleras que tenía el pueblo, la de Florencio Gómez. Cuando el pintor no estaba borracho, daba gusto hablar con él. Solía decir que procedía de una familia de buena posición, y que él andaba por el mundo haciendo vida bohemia y pasando necesidades por propia voluntad. Parece que por esto se había apartado de su familia o ésta lo apartó... Recuerdo que aquí se hizo novio de una muchacha llamada Rosa Ruiz, cuñada de Florencio.

Evaristo Alvarez. 86 años.

4. Allá por los años veinte yo era dueño de una tienda de víveres que, a diferencia de otras, no tenía nombre particular. Ponce acostumbraba ir a mi establecimiento a eso de las cinco de la tarde y se ponía a conversar conmigo y con cualquiera que se encontrara en el lugar. En unas

tres horas él solo consumía botella y media de ron.

Ponce me enseñaba las cartas que Rosa Ruiz y él se escribían. Eran unas cartas muy bonitas. Estaban enamorados. Varios años después de haberse ido Ponce del pueblo, Rosa se casó con un sargento del ejército. Este hombre murió combatiendo contra el Ejército Rebelde en la batalla de Santa Clara. Después del triunfo de la revolución, Rosa, junto a otros familiares, abandonó el país.

Recuerdo que un buen día Ponce llegó a mi bodega y se puso a pintar en una parte visible de uno de los armarios. Pintó un pájaro raro...

—Tu bodega no tiene nombre... Voy a ponerle uno: **El Cuco**.

Le puse ese nombre a mi bodega y Ponce pintó el rótulo, con el pájaro al lado del nombre, desde luego. Pero parece que el pájaro raro trajo la mala suerte... Poco después mi negocio quebró...

José Julián Cruz. 84 años.

5. Ponce era muy campechano y jaranero, un personaje simpático. Se notaba que había estudiado algo. Hizo aquí muchos amigos porque se llevaba bien con todo el mundo. En las paredes del Casino Español pintó unas cenefas y algunos ramos de flores. Han pasado tantos años... Debe haber sido allá por 1925...

Mateo León. 93 años.

6. Cuando Ponce vino a vivir a San Juan de los Yeras se hospedó en el pequeño hotel que

había en el Café Parisián, pero sin pagar. Lo que quiero decir es que se alojaba allí cuando había habitación libre y sin posibilidad de que otra persona la ocupara, de manera que el dueño ni perdía ni ganaba al darle el alojamiento. Cuando el hotel estaba lleno, Ponce vivía en la jefatura de policía, en una celda que había allí. El pintor se relacionó en San Juan más bien con personas de alguna posición económica desahogada, por su buena amistad con Sánchez Dopazo, pero como el artista era un tipo bohemio trataba a todo el mundo y todo el mundo se llevaba bien con él. Le gustaba bastante la bebida, por lo que era muy difícil verlo sobrio. Yo era muy joven cuando esto sucedía, pero recuerdo muy bien estas cosas porque las presencié y porque durante muchos años la gente las comentó. Y todavía las comenta...

Marío Bernal. 75 años.

7. A mediados de los años 20 el Café Parisián pertenecía a un señor llamado Alberto Pérez. No sólo era café, sino también fonda y hotel. Tenía cinco habitaciones. Alberto solamente fue dueño del negocio hotelero, pues el local era alquilado. Yo era muy joven entonces, pero ya trabajaba como dependiente en el café cuando Fideño Ponce pintó el letrero que todavía puede verse allí, y otras pinturas que han desaparecido. Estas últimas estaban en la segunda pared interior del local y representaban pescados, frutas y otros comestibles.

Ponce bebía mucho. Desde que se levantaba comenzaba a beber. A cualquier hora del día o de la noche se le podía ver andando por el pueblo. Se detenía en cualquier calle para hablar con

quien quisiera escucharlo. Por gestión del juez que trabajaba entonces en San Juan, Ponce se alojó en el Café Parisián, después en la jefatura de policía y más tarde en la bolera que tenía Florencio Gómez, a quien decían *Cuso*.

Guzmán Bermúdez. 80 años.

8. A eso de las siete o las ocho de la mañana Ponce se levantaba, se daba unos cuantos tragos —ese era su desayuno— y subía a una especie de andamio que él mismo había construido para pintar, en una pared interior del local, el letrero del Café Parisián. Eso fue un acontecimiento para el vecindario... Entonces el local tenía, me parece, más puertas y ventanas que ahora, y la gente se aglomeraba para verlo pintar... Para hacer su trabajo Ponce se ponía un pantalón y una camiseta bastante viejos y sucios. La gente consideraba que aquello era un acontecimiento no solamente porque aquí nadie había visto pintar un letrero tan grande y en lugar tan alto, sino también porque el pintor se tambaleaba arriba, de lo bebido que estaba... Pintaba muy poco cada día, pero a veces se mantenía arriba dando brochazos hasta las tres de la tarde. Entre brochazo y brochazo, Ponce bajaba del andamio, tomaba un par de tragos y se ponía a hablar con la gente. El dueño del café lo alojaba en el establecimiento, y también le daba la bebida, en pago por su trabajo.

Luis Bienvenido Bernal. 103 años.

9. Al ver que Ponce bebía demasiado, un sargento de policía que vivía aquí, llamado Pas-

tor González, buena persona, trató de ayudarlo. Lo mismo hicieron otros sanjuaneros. Todos ellos le brindaron su afecto, le compraron ropa nueva, le dieron alojamiento en un cuartico de la bolera de Florencio Gómez... Llegaron, en su noble afán por ayudar al pintor, a hablar con una muchacha llamada Hortensia, de la que Ponce se enamoró por algún tiempo, para ver si se interesaba en serio por ella y dejaba de beber... Pero nada de eso dio resultado...

Ponce era una persona educada y tratable. Le gustaba mucho conversar. Parece que había estudiado algo de medicina, pues a veces ese era su tema de conversación... Recuerdo que le gustaba con locura el anoncillo...

Roberto Freyre. 81 años.

10. Yo comencé a manejar allá por 1925. Entonces andaba por aquí un pintor llamado Fidelity Ponce de León. A pesar del tipo de vida bohemia que llevaba, se decía que la suya era una buena familia de Camagüey. Las conversaciones que sostuve con él fueron contadas y han pasado muchos años desde entonces, por lo que recuerdo muy poco. Parecía un hombre educado e instruido, pero vestía mal. Se había entregado a la bebida y daba pena verlo...

Recuerdo algo que sucedió un día que yo andaba por Ranchuelo. Parece que unos amigos suyos algo bromistas lo llevaron a ese pueblo vecino y lo dejaron allí medio o completamente borracho. Como me conocía, Ponce se acercó a mi automóvil tambaleándose y me pidió que lo trajera de regreso a San Juan. A pesar de que había espacio para él, le dije que no porque temía que, dado el

estado en que estaba, molestara a mis viajeros. Inesperadamente, cuando arrancó el motor Ponce se asió a la puerta del automóvil, y dijo:

—Yo me voy aquí de todos modos...

Entonces detuve rápidamente el automóvil y Ponce cayó al suelo. Me apeé y pude ver que no le había pasado nada. Allí lo dejé. Eran las nueve y media o las diez de la noche. No sé cómo regresó el pintor a San Juan...

David Chilín. 85 años.

11. Cuando Ponce vivió aquí pintó el retrato de una bonita muchacha llamada Lolita, que es —vive ahora en Santa Clara— hija de uno de los dos señores que fueron dueños de la tienda mixta La Casa Prieto. La familia de la muchacha era amiga de Ponce. Al irse de San Juan, el pintor le dejó el retrato a mi tía, y de las manos de ella pasó a las mías. Lo tuve hasta hace solamente unas semanas. La tela estaba en mal estado. Un pariente mío quitó el lienzo, lo botó y puso tela metálica al bastidor para aprovechar la madera, que estaba en buen estado.

Me parece que debo explicar algo... Ponce no le entregó el retrato a la jovencita porque era novio de Rosa Ruiz, cuñada de mi tío Florencio Gómez. Se dice que Florencio le entregó a Ponce cierta cantidad de dinero para que se fuera de San Juan y se alejara de su cuñada Rosa.

Ponce era un tipo valiente, un hombre con agallas... A pesar de la oposición de toda la familia de Rosa, se ponía de pie junto a una de las ventanas del portal de la casa, ante la vista de todos, para hablar libremente con ella. A veces, cuando la conversación se extendía, el pintor se

sentaba en el suelo y permanecía allí todo el tiempo que le diera la gana. . .

Domíngua Fundora. 75 años.

12. Un buen día Ponce llegó a mi barbería por primera vez. Estaba, como siempre, con unos tragos de más. Desde entonces lo afeité cada vez que podía pagarme. . . Así sucedió hasta que se fue del pueblo. La verdad es que en los últimos tiempos de su estancia se afeitaba poco porque no tenía con qué pagarme. El pintor me simpatizaba. Conversaba mucho, pero su conversación no tenía pies ni cabeza.

Brulio Rodríguez. 83 años.

13. Yo trabajé como camarero en el Café Parísien. Como Ponce bebía demasiado, el dueño me tenía prohibido despacharle bebidas. Yo me las arreglaba y le dejaba el ron en el baño, a escondidas del dueño. Esto sucedió cuando Ponce estaba pintando el letrero del café.

A Ponce le gustaba mucho caminar. Andaba siempre de un lugar a otro, sin rumbo fijo, conversando con cualquiera. Era muy enamorado. Se fijó en varias muchachas del pueblo, pero las familias se oponían, porque él parecía un hombre sin futuro. . .

Gerardo González. 79 años.

14. Vine a San Juan de los Yeras en 1934 para trabajar como secretario del juzgado del

pueblo. Ocupé el cargo hasta 1956. Cuando me mudé para aquí, recuerdo que la gente hablaba de que algunos años antes el pintor Fidelio Ponce había estado preso en Santa Clara por un asunto de faldas ocurrido en San Juan. También recuerdo que se decía que poco después de la condena, el pintor fue indultado por el alcaide de la cárcel de Santa Clara.

Luis Veitía, 83 años.

15. Yo oí decir hace algunos años que el pintor Ponce había estado preso por un asunto de faldas que sucedió aquí. Lo que recuerdo es que el padre de la muchacha era amigo del juez Sánchez Dopazo, el cual, a pesar de su vieja amistad con el pintor, tuvo que darle curso a la acusación...

Elio Bernal, 75 años.

16. Yo soy jubilado de la industria azucarera. En la actualidad soy juez del tribunal popular del municipio de Ranchuelo.

Lo que conozco sobre la estancia del pintor Fidelio Ponce en San Juan es lo siguiente. Llegó a este pueblo a fines de 1924, procedente de no sé dónde. En aquel entonces el juez del pueblo era Domingo Sánchez Dopazo, quien había sido, tiempo atrás, compañero de estudios primarios de Ponce. El juez, amigo de Fidelio, lamentaba que el pintor, buena persona y hombre inteligente y educado, se hubiera entregado al vicio de la bebida, pues comenzaba a beber desde que se levan-

taba. Cuando no bebía, las manos le temblaban. Por cierto, las tenía amarillentas debido a lo mucho que fumaba. No tenía trabajo alguno definido, pero se las arreglaba para beber y fumar constantemente.

Ponce pintó bastante en San Juan. En el Café Parisián, el letrero que ha estado en el lugar desde entonces, y algunos comestibles en la otra pared interior del hotel. Recuerdo que Alberto Pérez, dueño del café, que también era hotel, gustaba mucho de jugar a las cartas. En una ocasión Ponce lo pintó en la pared de su establecimiento. En la pintura se veía a Alberto jugando a las cartas con Dionisio Cruz, otro vecino del pueblo. Poco después, cuando Ponce ya no estaba por estos lugares, al cambiar de dueño el café, el local fue pintado, y todas estas obras quedaron debajo, tapadas por la lechada. El letrero no, porque el café conservó el nombre. Por esa misma razón ha resistido al paso de varios dueños y administradores.

En la tienda mixta La Luna de Valencia, llamada más tarde La Buena Nueva, en la esquina formada por las calles Calixto García y Antonio Maceo, Ponce pintó, por fuera, en la fachada —creo que era de madera—, una luna nueva, blanca sobre fondo oscuro, y el rótulo del establecimiento.

En la tienda de víveres El Indio, que actualmente se llama La Chilena, situada en la esquina formada por las calles José Martí y Cristóbal Colón, Ponce pintó un indio visto de frente. La pintura estaba dentro, en la pared del fondo de la tienda, es decir, la pared que quedaba frente a la persona que entrara al local. Hasta hace unos pocos años esta pintura estaba todavía allí.

Durante el tiempo que vivió en San Juan,

Ponce, que era un hombre joven, enamoró a varias muchachas del pueblo. Una de ellas vive todavía aquí. Ella, al igual que las otras, conocía el vicio del pintor... Una noche, temprano, Ponce llegó de visita a la casa de la muchacha, que era de familia acomodada, y se propasó con ella. Para evitar el escándalo, la familia de la muchacha decidió no acusarlo, pero el dueño de una de las boleras del pueblo, Florencio Gómez, cuya cuñada Rosa Ruiz era la novia de Ponce a pesar de la oposición de toda la familia de la chica, era amigo de la parte ofendida por el pintor y amigo también del juez. Enterado del asunto, logró que Sánchez Dopazo abriera causa al pintor. El objetivo de la acusación no era hacerle daño a Ponce, sino alejarlo del pueblo... Varias buenas personas intercedieron a favor del acusado, pues consideraban que el verdadero causante del incidente era su vicio.

Antes de pronunciar sentencia, Sánchez Dopazo se encontró de pronto ante una situación difícil, pues era amigo de todas las partes involucradas... A pesar de todo, el honesto juez tuvo que condenar a Ponce. La sentencia fue de seis meses, a cumplir en la cárcel de Santa Clara.

Poco después, el 16 de diciembre de 1925, llegué yo también a la cárcel de Santa Clara, pues había sido condenado en San Juan por tener relaciones carnales con una menor de edad. Allí volví a ver a Ponce, que ya se encontraba cumpliendo la sentencia. Había pintado, en la Sala de Justicia de la cárcel, a la diosa Justicia con sus atributos. En aquella época el alcaide de la cárcel de Santa Clara era uno de los hermanos Vázquez Bello. Puso pronto en libertad a Ponce. Parece que le simpatizaba su persona y le gustaba el mural del pintor... Tal vez, este fue recomenda-

do por alguna persona influyente y amiga de las artes...

Ismael Pérez. 82 años.

17. En 1969 me mudé para San Juan de los Ríos porque contraí matrimonio con Hortensia Pérez, residente del pueblo. Poco a poco, fui conociendo a todos los sanjuaneros, pues este es un pueblo bastante pequeño. Desde el principio de mi estancia aquí, como soy nacido en La Habana y se sabe que Ponce desarrolló su carrera en la capital, todos me preguntaban por Fideño, a quien yo no conocí y de quien he visto riquísimos cuadros. La gente de aquí me decía —me dice todavía— que Ponce es el mejor pintor de Cuba, que es un hecho extraordinario haber pintado el complicado letrero del Café Parísien en estado de embriaguez, tambaleándose en un mal andamio contruido por él mismo, a varios metros de altura. Otro hecho que maravillaba y maravilla a los que vieron pintar el letrero es que el artista, mediante un nuevo fragmento de arabesco floral, lograba ocultar las manchas que el chorreante pincel conducido por su mano temblorosa producía en las áreas de la obra ya pintada y en las no pintadas...

El Café Parísien ya no era hotel cuando me mudé para San Juan. Yo sólo conocí el restaurante, que es el único que hay actualmente en el pueblo y ocupa el local en una de cuyas paredes interiores está pintado el rótulo de Ponce. Poco después del triunfo de la revolución el restaurante pasó a ser propiedad del estado revolucionario. Debido a que a pesar de los sucesivos cambios de propietario el establecimiento conservó el nom-

bre, el letrero pintado por Ponce siempre fue respetado. Lo mismo ha ocurrido después de la intervención que lo nacionalizó.

El mencionado rótulo fue trabajado con pintura hecha a base de polvos de ferretería, cola y agua. No obstante los años transcurridos desde 1925, el rótulo es perfectamente legible y se conserva en bastante buen estado debido a que, por encontrarse en lugar interior y a cierta altura, no ha sido afectado por la humedad... ni por los usuarios. De los colores predominantes, rojo, negro y ocre empleados por Ponce en las letras y los arabescos, el rojo era el más apagado, aunque todos los colores habían perdido algo de su brillantez original. Además de los arabescos y las letras el rótulo muestra otros elementos, curiosos pero justificados si se tiene en cuenta que fue pintado en un hotel-restaurante. En la zona inferior, según se avanza hacia el extremo vertical de la derecha del letrero, Ponce pintó una tetera de humeante pinga, un zapote, un mamey y una piña. Más a la derecha, después de una paleta, atravesada por tres pinceles, puede verse la firma del pintor: F. Ponce León.

A fines de 1981, el restaurante fue pintado interior y exteriormente, pero el letrero, como siempre, fue respetado. En esta ocasión, dirigentes de la sección de gastronomía del Poder Popular local y el administrador del establecimiento se me acercaron para proponerme la restauración del rótulo. Yo acepté el trabajo. Decidí hacer la restauración al óleo. Empleé los mismos colores que supuse el rótulo debió tener originalmente. Me limité a llenar de nuevo colorido las mismas formas ideadas por Ponce. Desde que terminé mi trabajo, el letrero no ha sido tocado.

Este mural de Ponce se encuentra situado a

unos tres metros y medio del suelo; su longitud es de unos cuatro y medio, y su ancho es de metro y medio más o menos, porque la forma exterior del letrero es muy irregular.

Debido a que he estado presente en todas las entrevistas que el periodista Seoane Gallo —para los sanjuaneros, todo entrevistador es periodista— ha hecho aquí desde 1981 en relación con la estancia de Ponce en San Juan de Los Yeros —mi esposa y yo le hemos servido de guías— y el dato no ha sido recordado por ninguno de los entrevistados, quiero decir que varias personas me hablaron, al principio de mi residencia en el pueblo, de una cabeza de cerdo que Ponce había pintado en una pared interior de una carnicería situada en la esquina formada por las calles Antonio Maceo y Quintín Bandera. La carnicería existe todavía, pero la cabeza de cerdo ya no es visible porque ha sido cubierta por varias capas de pintura. A pesar de lo mucho que oí hablar de la cabeza en cuestión, de piel de color negro u oscuro cuando todavía estaba en su estado original, yo no recuerdo haber visto nunca esta obra de Ponce. Mi esposa, que es natural de San Juan, sí la vio.

También oí decir, cuando vine a San Juan —esto tampoco ha sido recordado por las personas entrevistadas—, que Florencio Gómez, además de dar alojamiento a Ponce en una habitación que había en la bolera de que era propietario, al menos mientras éste se alojó en dicha bolera, le proporcionó alimentación gratuita... En aquellos tiempos, según cuentan los viejos sanjuaneros, había otra bolera en este pueblo; su

dueño era Alberto Pérez, el mismo del Café Parisián...

Alberto Doreste. 51 años

18. Hasta hace poco oí decir, a los sanjuaneros de más edad que yo, que a Fidelio Ponce le gustaba hablar de la vida y de la muerte, de los ricos y los pobres, de los sanos y los enfermos, de las relaciones entre las personas, de cuestiones sociales... es decir, le gustaba sacar conclusiones de las eventualidades de la vida, de lo sucedido entre las personas, de la dicha y las desgracias, de la tristeza y la felicidad... Le gustaba, en fin, lo que vulgarmente se denomina... doméstico filosofar.

Una señora de cierta edad recordaba hace poco, conversando conmigo, que el pintor, en su incansable caminar por todas las calles y rincones de San Juan, se detenía con frecuencia para hablar con ella y sus amigas, pues el artista era, en su conversación, tan incansable como en el andar sin rumbo fijo...

Esta señora me contó que una tarde se encontraban reunidos el pintor y algunas muchachas jóvenes. Al mirar hacia la esquina, vieron pasar, por una calle que conduce al cementerio del pueblo, el grupo de familiares y amigos que acompañaba un cadáver hasta su última morada... Todas las jóvenes permanecieron en silencio, en señal de respeto. Ponce estaba muy serio, como si estuviera pensando... Minutos después el artista hizo el siguiente comentario: después que se está dentro del hoyo —la tumba—, frío según unos —los que son felices en vida—, cál-

do según otros —los que son desgraciados—, todos los malos son buenos, todos los egoístas son generosos, todos los deudores son perdonados... Este es, naturalmente, el criterio de los que continúan vivos... El de los muertos, ¿quién lo conoce? Los vivos por su parte, siguen siendo egoístas, vanidosos, mentirosos, usureros, orgullosos... Yo pienso que la tumba es, en realidad, la única cosa en el mundo que logra borrar todas las diferencias entre los seres humanos... La tumba es el único nivelador de todas las desigualdades personales y sociales...

Al oír semejante comentario, todas las jóvenes quedaron como pensando, cosa a la que son poco dadas las muchachas...

Hortensia Pérez. 45 años.

LA LEYENDA

Después de más de cincuenta visitas de trabajo realizadas a San Juan de los Yeras a lo largo de unos cinco años, no tengo dudas de que los anteriores testimonios recogen, en muy aceptable medida —aceptación determinada por los años transcurridos—, un episodio real de la vida de Ponce. Este trabajo no debe concluir en la segunda sección, pues puedo decir que entrevisté unas cien personas, seleccionadas entre unas cincuenta contactadas, y comprobé, gracias a todas ellas, algo de lo que me dí cuenta desde mi primera visita al pueblo: del pintor quedó en San Juan la “leyenda de Ponce” de cuyos detalles hablan con asombrosa familiaridad tanto los sanjuaneros viejos como los jóvenes... De esta leyenda, tejida —como todas— con hilos proporcionados por la propia realidad, la imaginación, la buena voluntad, la mala intención, la ignorancia... , creo que vale la pena anotar los principales componentes... El lector exigente, desde luego, podrá preguntar ¿para qué anotar “eso”, si en parte no es comprobable y el resto se sabe que no es cierto? Y yo me atrevo a responder: porque no todo el mundo posee la capacidad de fabulación que tuvo Ponce —“gran mentiroso” según algunos de los intelectuales serios que tuvieron la suerte de conocerlo—, no todos los se-

res humanos tienen la facilidad de inventar una vida, un suceso cualquiera que los demás aceptan sin reparo... En general, la leyenda de Ponce está formada por un conglomerado de "datos" que añaden poca luz al estudio de la personalidad del infortunado y gran artista. La parte de esa leyenda correspondiente a la breve etapa que vivió en San Juan no tiene ni más ni menos valor que el resto de ella, pero creo que cuenta con una especial característica: es tan desconocida como el episodio real que intenté reconstruir en la sección de testimonios... A continuación, pues, los principales elementos de la leyenda que Ponce dejó en San Juan de los Yeras.

1. Ponce decía que él se encontraba entre los cinco primeros pintores del mundo. También lo dicen los conocedores de La Habana que han visto el letrero del Café Parisián. No vi nunca a Ponce ni he tenido la suerte de tratar a los conocedores de la capital. Me limito a repetir lo que dicen los viejos más viejos que yo.

2. Ponce es el mejor pintor del mundo ¿Qué otro artista puede pintar borracho, tambaleándose en una tabla, a cuatro metros de altura, la pintura del Café Parisián? Es un letrero bonito, tan perfecto... A lo largo de más de cincuenta años lo han visto cientos de personas, cubanos y extranjeros, y nadie ha podido encontrarle un defecto...

3. Ponce es el mejor pintor de Cuba. Todo el que tiene dos dedos de frente lo sabe. Pintó el letrero del Café Parisián en unos pocos minutos. Me lo contó mi abuelo, que en paz descanse.

4. Lo de Ponce fue una cosa de leyenda. Llegó a La Habana procedente de un pueblecito perdido de provincia... tan chiquito que el nombre no aparece en ningún mapa. Se matriculó en

la escuela de pintura y en unos pocos días demostró a los profesores, mediante unos cuarenta o cincuenta cuadros que pintó ante el asombro de todos, —debido a que nunca se había visto en ninguna parte del mundo pintar tantos cuadros maravillosos en tan poco tiempo— que sabía más que ellos y que era mejor pintor... Así demostró que era un genio.

5. Yo no tengo edad suficiente para haber conocido a Ponce cuando él vivió en San Juan, pero dicen todos los que me han hablado del asunto, que de vez en cuando cae en la conversación, que era un hombre muy feo, mal vestido, intratable a veces de lo bebido que soñaba estar... A pesar de todo, hablaba tan bonito cuando enamoraba a una mujer, que ninguna pudo negársele. Se dice que a muchas de sus enamoradas las "pasó por el guayo"...

6. Ponce tenía, dicen los viejos que lo conocieron, algo raro en la mirada. Su cara era muy fea, pero sus ojos tenían un brillo extraño, un no sé qué, que las mujeres sentían arder la cara cuando las miraba. Muchas eran las mujeres que tenían miedo de esa mirada, porque sabían que estaban perdidas si Ponce las miraba... Un dato curioso del caso, que lo hace más raro todavía, es que dicen que el gran sombrero que usaba el pintor lo hacía lucir más feo todavía, y que la sombra que producía semejante sombrero en la cara del artista hacía lucir sombría o tétrica la singular mirada...

7. Yo ví de cerca los ojos de Ponce. Los ví cuando él estaba borracho y también cuando no lo estaba... El pintor nunca me gustó como hom-

bre porque era muy feo, porque vestía mal y andaba sucio casi siempre, porque usaba un sombrero viejo tan grande que en San Juan nunca se había visto cosa igual, porque no tenía futuro debido a que se había entregado por entero a la bebida, porque escupía y tosía continuamente, como un viejo enfermo... Todo esto es cierto. Todo San Juan lo sabe... Pero también es muy cierto que en la mirada de Ponce había algo que atraía a las mujeres, algo muy raro que no puedo precisar... De los ojos del pintor salía algo extraño que parecía halar a las mujeres hacia él aunque el hombre no les gustara, como me sucedía a mí. Era como un hipnotismo, como un hechizo, algo propio de un individuo poseído por un espíritu que le era propicio... Las mujeres que oyeron hablar a Ponce bajo el efecto de esa mirada no podían entender los que les decía... Estaban, las pobrecitas, como lelas... Yo pude presenciar esto más de una vez... Siempre me negué a que me lo presentaran, para evitar aquella peligrosa mirada... ¡Dios me ampare!

8. Nadie pudo explicarme nunca a qué vino Ponce realmente a San Juan de los Yeras. Yo he hecho mil veces la pregunta:

—¿A qué vino Ponce a San Juan?

Y mil veces me han respondido lo mismo:

—Vino a ver a su amigo Sánchez Dopazo, el juez.

Parece, pues, que era un hecho cierto su amistad con el juez, pero eso no era razón suficiente para que un famoso pintor de La Habana se quedara tanto tiempo en semejante pueblucho —otra cosa no era San Juan a principios de siglo, y lo sigue siendo ahora— A mí me dijo una persona de fundamento, una señora muy respetable

de la época de mi abuela que el pintor vino aquí porque estaba huyendo de la justicia por un delito cometido poco antes por él en La Habana. Esa es la razón por la cual vino buscando al amigo juez... Nadie me lo ha dicho, pero yo supongo que se propasó con una mujer o que la violó... Ponce era un hombre sin mujer, por eso enamoró a tantas aquí, y era también un hombre entregado a la bebida... Un hombre joven, en esas condiciones, es capaz de cualquier cosa... He dicho que lo supongo porque son muchas las mujeres sanjuaneras cuyos nombres se mencionan en voz baja cuando surge el de Ponce en una conversación, lo cual quiere decir que Ponce era un hombre mujeriego... Si en un pueblo tan pequeño como era San Juan el pintor se atrevió a enamorar públicamente a tantas mujeres como se dice..., ¿qué no haría en La Habana?

Todo lo que he dicho es cosa supuesta, es algo que se me ha ocurrido para explicarme la larga estancia de Ponce en San Juan de los Yeras. En honor a la verdad puedo afirmar que nunca me ha dicho nadie que Ponce hubiera violado a una mujer...

9. Ponce debe haber cometido alguna fechoría antes de venir a vivir a San Juan... Como no fuera el consejo y protección del juez de aquí, ¿qué razón pudo haber tenido el pintor para dejar La Habana y venir a vivir a algo más que una aldea? La estancia de Ponce en San Juan da que pensar...

10. Dicen los que lo conocieron que Ponce era un hombre de vastísima cultura. Es la persona más culta que ha vivido en San Juan. Hablaba de todos los temas culturales que uno se pu-

diera imaginar, y lo hacía tan bien, tan bonito, a pesar de que casi siempre estaba borracho, que todos los que lo oían tenían que quedarse hasta el final de su charla porque no podían irse... Lo que quiero decir es que la gente que lo escuchaba quedaba como idiotizada, como embrujada..., aunque no entendieran o entendieran a medias lo que el pintor decía.

11. Algunas de las conversaciones de Ponce eran tan raras que casi no se entendía. Decía palabras que casi nadie conocía. Tocaba temas de los que nunca nadie había oído hablar en San Juan. Algunos de los que lo conocieron mejor que yo dicen que muchas de las palabras raras que usaba eran inventadas por él para hacerse el interesante, para aparentar que era culto... Y lo cierto es que ante nosotros, los sanjuaneros, lo aparentaba bastante bien. Cuando se ponía a hablar de medicina, uno de sus temas favoritos, nadie entendía nada, pero todos lo escuchaban hasta el final... Nadie lo entendía, me gustaría aclararlo, pero no porque estuviera borracho, pues lo cierto es que a veces no lo estaba.

Quiero añadir que lo que he dicho no significa que el pintor fuera una persona antipática. Los negros llamados **catedráticos** son antipáticos porque se creen superiores a los otros negros... y a los blancos. Ponce era todo lo contrario. Cualquiera que fuese su tema de conversación, aunque no lo entendieran, se notaba que no se creía superior a los demás. Trataba a toda clase de personas con la mayor naturalidad. La gente, a pesar de su vicio, lo respetaba y aceptaba con simpatía

12. Cuando Ponce llegó a San Juan, ya había recorrido, según sus propias palabras, la mi-

tad del mundo. Después que se fue de aquí recorrió la otra mitad. Durante ambos recorridos retrató a los más famosos emperadores, reyes, papas y presidentes. Pudo hacer tantos viajes porque, según él mismo decía, su familia tenía recursos y porque su cultura y su talento le ganaron amigos de todas las nacionalidades, que lo invitaron a viajar. Le oí decir al pintor, recuerdo, que había estado en Grecia, donde se encuentran las ruinas más antiguas y mejor conservadas del mundo; en Francia e Italia, países que han dado a la humanidad los más grandes pintores de la historia... Las otras naciones no las relacionaba con el arte sino con los adelantos de la ciencia... Hablaba del gran desarrollo de Inglaterra y los Estados Unidos, de la comodidad con que viven sus habitantes... De España también decía que es un país de grandes pintores, el más pintoresco y saleroso rincón del mundo...

13. La señora X era la mejor hembra que había en San Juan por la época en que Fidello Ponce anduvo por aquí. Esa señora se mantuvo en las mejores condiciones físicas hasta después de 1940. Era, todavía por esos años, una gran hembra, una verdadera gran hembra... En la actualidad es una ruina de huesos y pellejos. Padece de numerosas enfermedades, su mente ya no funciona bien. Los años no perdonan a nadie... Cuando todavía eran joven, poco después de casarse, ella se mudó para otro pueblo más pequeño todavía que San Juan. Enviudó hace más de treinta años y quedó en posesión de una considerable fortuna.

La señora X es lo que puede llamarse una dama de historia turbulenta. En San Juan, de soltera, se le conocieron aventuras de las que la gen

te llama atrevidas... o algo peor. Esas aventuras —fueron varias— continuaron durante su matrimonio. Los que trataron a la pareja dicen que el suyo fue un matrimonio feliz, —visto desde afuera, al menos— porque su esposo era un hombre ingenuo y confiado. A la señora, naturalmente, con todo el gusto que se daba en la cama, con él mucho dinero que tenía a su disposición, y con semejante marido, le sobraban motivos para ser feliz...

Después de quedar viuda, algunas de las aventuras de la señora X fueron todavía más atrevidas... Se sabe que, hace muy pocos años, anciana ya, se enamoró de un recluta que podía ser, por su edad, nieto de ella. Este joven recluta obtuvo de la señora X, en metálico, lo que le dio la gana —a él y a ella—. Poco después, terminada la aventura con el recluta, ya con ochenta años en sus incansables caderas, todo el mundo en San Juan sabe que se enamoró de un joven médico que estaba haciendo su servicio rural, y logró hacer de él, valiéndose de costosos regalos, su amante. Este médico es un hombre casado, lo cual era conocido por la señora de que estamos hablando. Para mantenerlo cerca de ella, le compró al médico y a su esposa una casa de dos plantas que disponía de un enorme patio. Poco después les regaló un automóvil... No satisfecha con tales obsequios, por temor a perder a su joven amante, la señora X también les compró una casa a los suegros del médico.

He contado toda esta larga historia porque algunos sanjuaneros afirman haber visto en la casa de la señora X un cuadro que Ponce le pintó, en el que ella aparece completamente desnuda... Cuando se conoce la historia que le he contado, se comprende que no es nada extraño que permitiera retratar a Ponce "toda" su belleza...

Este cuadro, naturalmente, no está colgado ni lo estuvo nunca en ninguna pared. La señora X lo mantiene oculto en alguna parte de su casa. Sólo han podido verlo unas pocas personas, amigas muy íntimas de la señora. Se dice que en la actualidad la obra está en Antón Díaz, cerca de Santa Clara, oculta tras un escaparate...

Debo añadir que, a pesar de la fama de los dos personajes principales de mi historia —la señora X y Ponce—, nunca he oído decir que ella hubiese sido amante del pintor. Personalmente, supongo que no fue porque ella tenía mejores pretendientes y amantes que el pintor, hombre feo, borrachín, charlatán... La señora tenía aspiraciones más altas... Si es cierto que le permitió retratarla desnuda, lo haría por vanidad...

Santa Clara, diciembre 2 de 1986.

INDICE

Introducción /5

Testimonios /15

La leyenda /35

Este libro fue procesado en la imprenta de PUBLICIGRAF en Villa Clara, y se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1996. Trabajaron en su confección: Eugenio Rodríguez Santiago en linotipo, Armando Llanes como fotograbador, y Juan González en impresión. La edición consta de 1500 ejemplares.

TESTIMONIO

Los testimonios recogidos en el presente libro aportan claridad sobre una etapa totalmente ignorada en la enigmática vida de Fidelio Ponce. Su estancia en un pequeño pueblo de la actual provincia de Villa Clara entre 1924 y 1925 —donde realizó algunos trabajos de pintura publicitaria— dejó grabada en la memoria local una leyenda que aún hoy los pobladores repiten.

Con indudable oficio, el investigador logra apresar las claves de esa leyenda para dibujarnos, desde un simpático y a la vez trágico trasfondo de bohemia pueblerina, facetas del perfil humano del creador de **Las beatas** y **Los niños**.

JUAN DANE GALLO (Santa Clara, 1936). Es autor, entre otras notables obras, de **El folclor médico de Cuba** (1984), **Eduardo Abela cerca del cerco** (1986) y **Palmas reales en el Sena** (1987).

Realiza una intensa labor cultural que abarca desde la Etnología hasta la crítica y promoción de las Artes Plásticas.



9 789597 035176

DLDABA